

El rayo

Dentro de una carpa, en lo alto del Llullaillaco, a seis mil setecientos metros de altura, Constanza se acurruca en la bolsa de dormir. Afuera el oxígeno es magro, enturbia los sentidos: lo que se piensa que es una cosa a veces resulta que es otra; afuera la temperatura ha descendido a veinte por debajo del cero; afuera, hay una tormenta de nieve que se ha llevado todos los adjetivos. Es curioso: cuando chica Constanza sentía un miedo atroz a las alturas. De pronto, un día, así como así, dejó de temer el llamado del vacío, porque no otra cosa es el vértigo. Ahora lleva subidas mil montañas. Sin embargo, no puede con los perros y los rayos. En la Puna los rayos no son una amenaza porque no previenen de nada: disparan sin preguntar. Y una vez cayó uno muy cerca del jefe de la expedición, Johan Reinhard.

Una vez que el grupo llegó al pie del Llullaillaco realizó un pequeño ritual que pondría de punta los pelos de los filósofos de las ciencias que nada saben de los protocolos requeridos para determinadas investigaciones: derramaron chicha en la tierra, enterraron hojas de coca y dulces para la Pachamama, recitaron una plegaria: Sumag orco chaskirihuay, que quiere decir Hermosa montaña, recíbeme.

¿Qué hay allá arriba, en la cumbre? No es buscando como se encuentran las cosas, sino dejándose ir: así los chicos encuentran tesoros invaluables en los patios, en galpones de abuelos. La intención del viaje era estudiar un sitio de ceremonias de los Incas: el ritual de Capacocha. Allá en lo alto se encuentran los ancestros, se vislumbra el orden, arriba hay que llegar para que el orden del cosmos se preserve.

Constanza no sabe si sueña o está despierta allí acurrucada en la bolsa de dormir. Pese a que ha comido poco no se siente debilitada. Lo que hay es miedo porque hay rayos. ¿Cuánto durará la tormenta? Dos días hace ya del azote. Sueña Constanza con perros, perros que se le vienen encima y sueña con rayos. En verdad no sabe si sueña con rayos o ese resplandor que se deja ver tras la tela de la carpa son rayos de verdad. El sueño y la vigilia entrelazan los dedos y no se sabe bien a quién rezarle cuando hay miedo.

En un momento de la noche hay un rayo que se ha detenido en el cielo. El ruido es atronador y se mantiene en suspenso, a un ritmo monocorde, grave. El oído se acostumbra. Constanza comienza a sentir calor, como si el cuerpo ardiera. Entonces sale de su cobijo. Sus compañeros duermen. Observa que una de las bolsas de dormir se encuentra vacía. Es curioso pero no es algo que le llame la atención; como si obedeciera al orden natural de las cosas. Constanza abre la carpa y sale. El rayo se mantiene suspendido, ha quedado la noche blanca, la nieve pareciera que ha dejado de agitarse, hay viento pero no sopla, el aire es sólido. El sonido del rayo es lo único que se escucha, y tiene el golpeteo de un corazón. Constanza sale, pero no siente frío. Ella está en un rayo. Camina como si supiera adónde ir. De pronto, desde lo blanco, aparece un perro, es lo único que se mueve, lo único que no es blanco. La muchacha quiere huir, pero algo en el animal la detiene. El perro se acerca, agita la cola, la mira fijo y pega la vuelta. La muchacha comienza a seguirlo. El trueno es ya ruido de tambores, es un corazón. Así como los hilos se forman entrecruzando otros hilos más finos, que se forman con otros más finos, así el trueno. Cientos de ruiditos que son voces que repiten una cadencia, un mantra. Adentro de un rayo las voces tienen colores. El perro se detiene frente a una cueva donde se ve una luz como de fuego. De allí pareciera que brotan los latidos del rayo; una luz que es hilacha de oro. Ese es el lugar donde comulgan las voces de todos los truenos del mundo, que son las plegarias de todos a los que habita la intemperie. El perro mueve la cabeza, pero Constanza no quiere entrar. No tiene miedo, pero sabe que no es

ese su lugar. No ahora. Sin saber cómo regresa a su carpa. Ha encontrado el camino sin siquiera buscarlo. No siente frío ni calor cuando se acuesta en la bolsa y no sabe si ha dormido o no, pero cuando se da vuelta y cierra los ojos el rayo termina de caer y el estruendo es inmenso. La muchacha pega un salto, se asusta. Es de noche, los compañeros de la carpa se han despertado. Encienden una linterna. Alguien pregunta si están todos bien. Están todos bien.

Dos días después de la tormenta, Arcadio Mamani, uno de los integrantes de la expedición, descendiente de Incas, encuentra el lugar exacto donde están enterradas tres momias. Es algo que no se esperaban encontrar. Son tres chicos intactos que han sido ataviados con los mejores ajuares. Son los puros que fueron a encontrarse con sus ancestros para que el orden del mundo no se quiebre. Parecen dormidos, no hay rastros de miedo en sus caras. Una de ellas es una chica de seis años, sentada con la espalda erguida. Su cuerpo y su ropa presentan quemaduras. Un rayo ha caído sobre ella.

Luis Sagasti